

Difusión universitaria, enlace con la sociedad

Abascal Andrade, Jorge Arturo

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/565>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

CULTURA, DIFUSIÓN Y UNIVERSIDAD: UIA PUEBLA

Jorge A. Abascal Andrade *

En México las instituciones oficiales han sido, tradicionalmente, impulsoras de la actividad cultural y su labor ha dado lugar a valiosos antecedentes, sin embargo, la promoción cultural se ha diversificado, de manera que, tanto universidades públicas y privadas, como asociaciones civiles, han asumido un papel relevante en esa labor.

Por eso es muy alentador para las universidades, para las instituciones públicas, las asociaciones civiles, los creadores y promotores culturales independientes, constatar el creciente interés que hay en dialogar, en intercambiar ideas no sólo en torno al hecho cultural sino también en torno al concepto de cultura.

En efecto, me parece que es importante hacer esta distinción, porque en el pasado se incurrió con frecuencia en el error de considerar que el concepto de cultura, su análisis y comprensión, pertenecían sólo al terreno de lo académico y que, por otra parte, era el hacer cultural el que pertenecía al terreno en que habrían de trabajar las instituciones oficiales. Sin embargo, la realidad ha trascendido esta apreciación y ha evidenciado la convivencia de una labor en la que coincidan e interactúen tanto las observaciones derivadas del estudio del hecho cultural, como los proyectos de trabajo definido, tomando en cuenta los diagnósticos que brinda la investigación hecha por instancias diversas.

* Escritor. Director del Centro de Difusión Universitaria, UIA Puebla.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX el Estado mexicano reconoce entre sus responsabilidades en el ámbito de la cultura, en primer lugar, la de salvaguardar la riqueza cultural nacional. Se define como cultural, entonces, exclusivamente, al conjunto de obras acabadas que han sido elaboradas en otras épocas; es decir, aquello que se ha recibido y que se debe cuidar para que llegue a otras generaciones. Se entiende la cultura como aquello que se preserva y se hereda, como un patrimonio.

Esa concepción limitada del patrimonio como riqueza monumental da lugar al surgimiento de diferentes reglamentos y leyes, hasta que, paulatinamente, se amplían tanto el concepto de cultura como el de patrimonio haciéndose más plural y completo.

En el presente siglo se ha comprendido de manera distinta el sentido y el alcance de la noción de cultura, como una realidad múltiple de la que participan numerosos grupos humanos, numerosas reacciones del espíritu no sólo individual sino también colectivo.

Esta transformación del pensamiento en torno a la cultura ha conducido a redefinir lo que es el patrimonio y a la necesidad de advertir que, dentro de este concepto, hay mucho más que lo arqueológico, lo histórico y lo artístico exclusivamente. Cultura y patrimonio son comprendidos ya como realidades en movimiento de las que deben participar todos los sectores sociales. De ahí la importancia de su difusión.

La relevancia de estos momentos en la historia de la política cultural regional y nacional radica en la confirmación del hecho de que hacer política cultural es construir proyectos, planificar líneas de acción, y no formas de hablar de la cultura —meras interpretaciones— que indudablemente pueden llegar a ser aportaciones valiosas a nivel de ideología, pero que, sólo adquieren su sentido completo al contar con el referente de las acciones concretas.

Por otro lado, me parece pertinente mencionar que, hasta hace relativamente poco tiempo, se pensaba que cualquier persona podía realizar la Difusión Cultural, se creía que se necesitaba tan sólo y aquí sí, literalmente, “amor al arte” y el promotor cultural se tomaba como un ingenuo idealista. Los fracasos generados del empirismo y de la insuficiencia de un marco teórico conceptual, así como de una base técni-

ca, que permitiera elaborar métodos y procedimientos adecuados a los requerimientos de la Promoción Cultural han contribuido al fracaso de muchas acciones emprendidas y a la continua rotación de personal de esta área.

Pero, así las cosas, a través del ensayo y el error los gestores culturales (aquéllos que han permanecido) acumulan experiencias y conocimiento de su labor. Una propuesta de la premisa que debe poseer quien desempeña esta labor es aquella que con su trabajo debe buscar fortalecer a la sociedad civil, debe crear espacios plurales de participación y expresión, para con ello acrecentar la democracia en su sentido más amplio.

En un contexto social enmarcado por crisis y cambios profundos que nos anuncian las labores de una época, la frase del padre Arrupe: formar hombres y mujeres para los demás, transformada por Rugarcía en: formar hombres y mujeres capaces para los demás sintetiza nuestra misión educativa y por ende el sentido de nuestra difusión. Para la Universidad Iberoamericana Puebla la difusión cultural se enmarca en la perspectiva de lo que debe entenderse por una educación universitaria jesuita en los umbrales del siglo XXI.

En la UIA la actividad difusiva tiene como fin el desarrollo integral del hombre, por lo tanto debe fomentar en la persona actitudes creativas, críticas, libres, solidarias, de integración y de apertura a la trascendencia, de tal forma que esta tarea debe ser eminentemente formativa y no informativa. La difusión debe ser entendida como un servicio que se presta a la sociedad (difundir para los demás) a través del cual los bienes de la cultura superior objetiva –entendida como el trabajo cultural reflexivo y sistemático propio del desarrollo de las ciencias y las artes– se extiende a círculos más amplios de la sociedad.

Esta universidad no se concibe como una institución que lo sabe todo y señala a la sociedad los pasos que debe seguir, sino más bien, siendo la universidad parte de la misma sociedad, debe relacionarse con ella de manera dinámica para buscar soluciones conjuntas a los problemas que nos aquejan, a fin de construir una sociedad más justa. Nuestra tarea, al ser resultado de la actividad universitaria, busca ofrecer a la sociedad puntos de vista reflexionados, con fundamentos sólidos capaces de dar luz sobre las soluciones a problemas concretos

que enfrenta, estableciendo así una relación estrecha universidad-sociedad de identidad, cercanía, apoyo conceptual y crítico propositivo para entender el mundo que nos sostiene y por ende, comprender al propio hombre.

La difusión es, en el fondo, un compromiso de servir, en un contexto cambiante y difícil al mejoramiento de la sociedad en que vivimos. Una difusión, pues, que sea por un lado una toma de posición de la universidad ante los sucesos de nuestro tiempo, y por otro un esfuerzo de socialización de los saberes a las mayorías.

Con base en lo anterior ¿cómo se ha concretado esta conceptualización en el Centro de Difusión Universitaria?

El inicio

El Centro de Difusión fue creciendo de manera –un tanto cuanto– paradójica; por un lado existía la necesidad permanente de justificar nuestra importancia, de ir ganando reconocimiento, de ir siendo cada vez más necesarios, de crear una cultura de la difusión en la que nosotros fuéramos los articuladores, de participar desde nuestras tareas concretas en el proyecto y la visión de la Universidad; de tal forma que aunque existía permanente la presión de levantar y conformar un área nueva a los ojos de todos, teníamos el respaldo a este esfuerzo diario por una suficiente asignación de recursos. El horizonte se vislumbraba prometedor en posibilidades de acciones, de proyectos que colocaran a la Ibero como paradigma en el manejo de la cultura en la región. Porque además había confianza en nuestro hacer, confianza que –siguiendo, por supuesto, los lineamientos institucionales y ciertos consensos– nos permitía una labor creativa y sumamente propositiva. Entendíamos el trabajo de esta manera, caminábamos decididos relacionándonos cada vez con más gente y con más instancias, el nombre Ibero, su imagen, su presencia, sonaba fuerte y frecuentemente (conseguimos signar convenios generales con, Canal 22, Secretaría de Cultura del estado de Puebla, Instituto Tlaxcalteca de Cultura, amén de algunos otros sobre un asunto en particular UAM-A, UNAM, UA , UV, *Síntesis*, INBA, INAH, Musco Amparo, VW de México, todas las universidades del sistema UIA-ITESO, dos de AUSJAL, Centro Pro).

La misión era, dadas esas circunstancias, llevar la voz de la univer-

sidad hacia el exterior (región, país etc.), supliendo un poco relaciones públicas participar desde lo que la Ibero producía, en un proyecto de sociedad más crítica, más enterada, más tolerante. En un mundo más justo, más cierto, más habitable, más humano. Nos habíamos enfocado mucho al exterior y habíamos minimizado nuestra labor hacia nuestra propia comunidad universitaria, se hacía cosas por supuesto pero no todas las que se podían o debían hacer.

Logramos avances, se pudo comprar equipo para el área de medios, llegaron más compañeros a colaborar al centro, el área de actividades llegó incluso a organizar una temporada de Jazz y a participar en la planeación y operación de magnos conciertos de música académica. Las bases estaban puestas y se antojaban sólidas, si bien la labor tenía matices propios de nuestra universidad (se pensaba mucho en la intención de lo que se hacía) cuando realizábamos algo hacia el exterior nuestro hacer no era del todo distinto a la difusión de otras universidades (UIA México, UNAM, UAP).

Lo que siguió

La situación de la universidad empezó a cambiar, a estabilizarse económicamente (con esto quiero decir que dejó de crecer al buen ritmo con el que venía haciéndolo, con la lógicas consecuencias de esta suerte de nivelación), los recursos se fueron recortando; por otro lado dio inicio –y acogida muy entusiastamente por la comunidad– algunas acciones académicas coyunturales y con un profundo sentido renovador: se zarpó hacia una Nueva Estructura Curricular y aunque sistémico, en nuestro plantel el proyecto fue acogido con entusiasmo, por lo menos en un inicio, las diferencias entre planteles, abotargó ese inicial interés, no obstante se siguió en el camino y esto dio lugar a la incursión -principal aunque no exclusivamente desde los departamentos- en otros ámbitos relacionados con la NEC, como el análisis de las profesiones.

Lo de ahora

Las circunstancias en este 2003 no son del todo halagüeñas, la competencia interuniversitaria, por la consecución de estudiantes, es día a día más feroz, la llegada del Tecnológico de Monterrey, de la Universidad del Valle de México, nos piden un mayor esfuerzo y creatividad para

hacer más y mejor con menos. Estoy cierto que tenemos a nuestro favor el nombre de nuestra Universidad, su imagen y, principalmente, una manera distinta y valiosa, muy valiosa de entender a la educación, de entender la labor de una institución de educación superior, una manera de actuar desde una comunidad que trabaja para estar cohesionada por una perspectiva humanista y por un espíritu de búsqueda de la verdad. Esta búsqueda, me parece, será siempre nuestro deber compartirla. Difusión es compartir, decía el arquitecto Carlos Velasco en alguna ocasión, difusión es llevar la palabra a todos —principalmente a quienes más la requieren—, decía en alguna otra sesión el padre Gabriel Anaya. Difundir es hacer compartido el conocimiento, mostrar la complejidad del mundo, presentar alternativas que formen, que detonen criticidades, creatividades, solidaridad, que inciten a la búsqueda de elementos que devengan en un mejor estar, un mejor ser, un mejor hacer. Tenemos los ingredientes, las capacidades y el respaldo (al ser parte de ella) de una universidad, que, estoy convencido es la mejor por ser como es, porque piensa y propone soluciones distintas por humanas, precisamente porque piensa en el hombre y no en lo que produce, porque se preocupa por lo que el prójimo es y no en lo que posee, porque su base es lo trascendente, porque queremos entender que desde su cotidianidad nos dicta practicar la tolerancia y el respeto a la diferencia porque al fin y al cabo somos iguales.

La Ibero, entonces, piensa en el otro, en el prójimo, en el próximo, sabe que el conocimiento es un medio y nunca un fin, que la reproducción acritica de un sistema de valores y de estructuras socioeconómicas fallidas e ineficaces nos conducen a una mayor desigualdad y a una cada vez más determinante injusticia. Y en ello trabaja, contra ello lucha, a eso le apuesta. Tenemos que difundir este trabajo, incidir desde aquí, desde un hoy permanente, con paradigmas distintos y aunque la ola sea enorme y amenace siempre con hacernos naufragar debemos seguir a flote, nadando contra un océano que se antoja inmenso pero también, a la larga, dominable.

En la ruta de las áreas

Difusión hace y hace bien lo que le corresponde, desde sus posibilidades, desde sus recursos: se publicaron 19 libros en 2002 cuando con el

presupuesto dado hubiese alcanzado para quizá cinco, se superaron por un poco más de \$40,000 la ventas (un total de 4 981 libros) con respecto del año inmediato anterior; se llevaron a cabo 184 actividades a lo largo del año (algo así como 18 al mes); el área de medios por otro lado se ha hecho casi indispensable como asesora de escenarios, de infraestructura y de los requerimientos necesarios para llevar a cabo de manera profesional e incluso vistosas actividades claves para nuestra Universidad, además de esto, que no es poco, se ha erigido como la editora de la revista virtual de investigación de la UIA Puebla y como productora de documentos audiovisuales que obedecen a necesidades ciertas que han surgido de la comunidad universitaria, amén de gestionar exitosamente equipo satelital.

Los números, la cuantificación de una labor denota ciertos rasgos de esa labor, lo importante dirán muchos es cualificar ¿qué significan ese importante número de actividades, esa digna cantidad de publicaciones, esa petición constante al área de medios que la hace, sino indispensable, sumamente necesaria? Significa, creo, que se va caminando dentro del proyecto universitario, que se participa, y mucho (aunque siempre se podrá y deberá hacer más), en él, que colaboramos en la formación de los estudiantes, que participamos en la tarea educativa y docente, significa pues que somos un apoyo sustantivo que adjetiva la vida universitaria. Nuestra mirada está hacia dentro de la Universidad, hacia los alumnos y hacia los maestros, debemos reforzar, potenciar y detonar el pensamiento y la reflexión. Somos un entramado en donde están tejidos múltiples hacres extra, co e incluso curriculares. Si la función sustantiva primigenia de una universidad es la docencia tenemos que seguir respaldándola cotidianamente, creo, repito, que ese es el camino que nos han marcado y por el que debemos seguir, sin descuidar compartir nuestros saberes, nuestras experiencias con la sociedad a la cual nos debemos.